

velas y que corriessen con solos los trinquetes baxos; é andando assi, un marinero de los que yban en la capitana, natural de Lepe, dixo: *lumbrel.. tierra!*. E luego un criado de Colom, llamado Salcedo, replicó diciendo: «Esso ya lo ha dicho el almirante, mi señor;» y encontínente Colom dixo: «Rato ha que yo lo he dicho y he visto aquella lumbre que está en tierra.» Y assi fue: que un jueves, á las dos horas despues de media noche, llamó el almirante á un hidalgo dicho Escobedo, repostero de estrados del Rey Cathólico, y le dixo que veía lumbre. Y otro dia de mañana, en esclareciendo, y á la hora que el dia antes avia dicho Colom, desde la nao capitana se vido la isla que los indios llaman Guanahani, de la parte de la tramontana ó norte. Y el que vido primero la tierra, quando ya fue de dia, se llamaba Rodrigo de Triana, á onze dias de octubre del año ya dicho de mill é quatrocientos y noventa y dos. Y de aver salido tan verdadero el almirante, en ver la tierra en el tiempo que avia dicho, se tuvo mas sospecha que él estaba certificado del piloto que se dixo que murió en su casa, segund se tocó de suso. Y tambien podria ser que viendo determinados á quantos con él yban para se tornar, dixesse que si en tres dias no viesse la tierra se volviessen, confiando que Dios se la enseñaria en aquel término que les daba, para no perder trabajo é tiempo.

Tornando á la historia, aquella isla que se vido primero, segund he dicho, es una de las islas que dicen de los Lucayos; y aquel marinero que dixo primero que veía lumbre en tierra, tornado despues en España, porque no se le dieron las albricias, despechado de aquesto, se pasó en Africa y renegó de la fé. Este hombre, segund yo oy decir á Vicente Yañez Pinçon y á Hernan Perez Matheos, que se hallaron en este primero descu-

brimiento, era de Lepe, como he dicho.

Assi como el almirante vido la tierra, hincado de rodillas é saltándosele las lágrimas de los ojos del extremado plaçer que sentía, començó á decir con Ambrosio y Augustino: *Te Deum laudamus, Te Dominum confitemur*, etc.; y assi, dando gracias á nuestro Señor con todos los que con él yban, fue inextimable el gozo que los unos y los otros hacían. Tomábanle unos en braços, otros le besaban las manos, é otros le demandaban perdon de la poca constancia que habian mostrado. Algunos le pedian mercedes é se ofrecían por suyos. En fin, era tamaña la leticia é regocijo, que abrazándose unos con otros, no se conosían con el plaçer de su buena andança; lo qual yo creo bien, porque sabiendo como sabemos los que agora vienen de España é los que de acá vuelven allá que el viaje é camino es seguro y cierto, no tiene comparacion otro plaçer con el que resciben los que ha dias que navegan, quando ven la tierra. Ved qué tal seria el de los que en tan dubdosa jornada se hallaron, viéndose certificados y seguros de su descanso.

Pero aveis de saber que por el contrario dicen algunos lo que aqui se ha dicho de la constancia de Colom, que aun afirman que él se tornara de su voluntad del camino y no lo concluí, si estos hermanos Pinçones no le hizieran yr adelante; é diré mas, que por causa dellos se hizo el descubrimiento, é que Colom ya çiaaba y queria dar la vuelta. Esto será mejor remitirlo á un largo processo que hay entre el almirante y el fiscal real, donde á pro é contra hay muchas cosas alegadas, en lo qual yo no me entremeto; porque como sean cosas de justicia y por ella se han de decidir, quédense para el fin que tuvieren. Pero yo he dicho en lo uno y en lo otro ambas las opiniones: el letor tome la que mas le ditare su buen juyçio. Tardóse el Almirante en llegar desde las

islas de Canaria hasta ver la primera tierra que he dicho treinta é tres dias; pero él llegó á estas islas, primeras que

vido, en el mes de octubre del año de mill é quatrocientos é noventa y dos años.

## CAPITULO VI.

Cómo el almirante descubrió esta Isla Española, é dexó en ella treinta é ocho chripstianos en tierra del rey ó caçique Goacanagari, en tanto que llevaba las nuevas del descubrimiento primero destas partes; é cómo volvió á España en salvamento.

En aquella isla que he dicho de Guanahani ovo el almirante é los que con él yban vista de indios é gente desnuda, é allí le dieron noticia de la isla de Cuba. E como paresçieron luego muchas isletas que están juntas y en torno de Guanahani, començaron los chripstianos á llamarlas Islas Blancas (porque assi lo son por la mucha arena), y el almirante les puso nombre las Princesas, porque fueron el principio de la vista destas Indias. E arribó á ellas, en especial á la de Guanahani, y estuvo entrela y otra que se dice Caycos; pero no tomó tierra en ninguna dellas, segund afirmó Hernan Perez Matheos, piloto que hoy dia está en esta ciudad de Sancto Domingo, que dice que se halló allí. Pero á otros muchos he oydo decir quel almirante baxó en tierra en la isla de Guanahani é la llamó *Sanct Salvador*, é tomó allí la possession; y esto es lo mas cierto y lo que se debe creer dello. E de allí vino á Baracoa, puerto de la isla de Cuba de la vanda del norte; el qual puerto es doçe leguas mas al poniente de la punta que llaman *Mayci*; é allí falló gente, assi de la propia isla de Cuba, como de las otras que estan al norte opuestas, que son la isla Guanahani que tengo dicho, é otras muchas que allí hay, que se llaman islas de los *Lucayos* generalmente todas ellas, no obstante que cada una tiene su propio nombre y son muchas; assi como Guanahani, Caycos, Jumento, Yabaque, Mayaguana, Samana, Guanima, Yuma, Curatheo, Ciguatéo, Ba-

hama (que es la mayor de todas), el Yucayo y Nequa, Habacoa é otras muchas isletas pequeñas que por allí hay.

Tornando á la historia, llegado pues el almirante á la isla de Cuba donde he dicho, saltó en tierra con algunos chripstianos, y preguntaba á los indios por Cipango, y ellos por señas le respondian y señalaban que era esta isla de Hayti, que agora llamamos Española. E creyendo los indios que el almirante no acertaba el nombre, decían ellos: *Cibao, Cibao!*, pensando que por decir Cibao decía Cipango; porque Cibao es donde en esta isla Española están las minas mas ricas y de mas fino oro. E assi el almirante con las tres caravelas, guiado por los indios, de los cuales algunos de su grado se entraron en los navios, se embarcó en aquel puerto de Baracoa de Cuba, é vino á esta isla de Hayti, que agora llamamos Española, y de la parte ó banda del norte surgió en un muy buen puerto, é llamóle Puerto Real. Y á la entrada dél tocó en tierra la nao capitana, llamada la *Gallega*, é abrióse; pero no peligró ningun hombre: antes muchos pensaron que mañosamente la avian hecho tocar, para dexar en la tierra parte de la gente, como quedó. E allí salió el almirante con toda su gente, é luego vinieron á habla é conversacion con los chripstianos muchos indios de paz de aquella tierra, la qual era del señorío del rey Guacanagari (que los indios llaman *caçique*, assi como los chripstianos decimos rey), con el qual se

trató luego la paz é amistad. Y él vino á ella muy de grado, y se vido con el almirante y los chripstianos muy domésticamente é muy continuo, y se le dieron algunas cosas de poco valor (entre los chripstianos, pero de los indios muy estimadas), assi como cascabeles, alfileres, agujas é algunas cuentas de vidro de diversas colores; lo qual el caçique é sus indios con mucha admiracion contemplando, mostraban apreciarlo y estimar, y holgaban mucho de que algo assi se les daba, y ellos traian á los chripstianos de sus manjares é cosas que tenian.

Viendo el almirante que aquesta gente era tan doméstica, parescióle que seguramente podria dexar allí algunos chripstianos para que en tanto que él volvia á España aprendiessen la lengua é costumbres desta tierra. E fiço haçer un castillo quadrado, á manera de palenque, con la madera de la caravela capitana ó *Galllega*, que es dicho que tocó al entrar del puerto, é con faxina é tierra lo mejor que se pudo fabricar en la costa á par del puerto é arraçifes dél, en un arenal. E dió orden el almirante á treynta é ocho hombres, que allí mandó quedar, de lo que avian de haçer en tanto que él llevaba tan prósperas nuevas de su descubrimiento á los Reyes Cathólicos, é tornaba con muchas merçedes para todos, ofresciéndoles complidos galardones á los que assi quedaban. Y nombró entre aquellos por capitán á un hidalgo llamado Rodrigo de Arana, natural de Córdoba, é mandóles, que le obedesciessen como á su persona. Y para si aquel muriesse en tanto que él volvia, señaló otro, é para despues del segundo nombró otro terçero; de forma que nombró dos para despues de los dias del primero. Y dexó con ellos á un maestro Juan, çirujano, buena persona: é amonestó á todos que no entrassen la tierra adentro, ni se desacaudillassen, ni dividiessen, ni tomassen mugeres, ni

diessen pesadumbre ni enojo alguno á los indios por ningun caso, en quanto possible les fuesse. Y como se perdió la nao capitana, passósse el almirante á la caravela llamada la *Niña*, en que yban Francisco Martin é Vicente Yañez Pinçon. Mas como de la quedada de aquesta gente no le plugo al capitán de la otra caravela *Pinta*, llamado Martin Alonso Pinçon, hermano de estos otros, contradixolo todo quanto él pudo; é decía que era mal hecho que aquellos chripstianos quedassen tan lexos de España, seyendo tan pocos, é porque no se podrian proveer ni sostener y se perderian. Y á este propósito dixo otras palabras, de que el almirante se resabió, y sospechóse que le quisiera prender; y el Martin Alonso, con temor que ovo desta sospecha, se salió á la mar con su caravela *Pinta* é fué al puerto de Graçia, veynte leguas al leste ú oriente apartado del dicho puerto real. Y en tanto que el almirante tardó en la obra que dixe de aquel castillo, súpose de los indios de la tierra, donde estaba el Alonso Martin é la otra caravela; é luego los otros dos hermanos Pinçones que estaban con el almirante, procuraron de le reconçiliar é volver á la graçia del almirante, é acabaron con él que le perdonasse. Y él lo fiço assi por muchos respectos, y en espeçial porque la mayor parte de quantos hombres de la mar tenia, eran parientes é amigos destes Pinçones hermanos y de una tierra, y estos tres eran los mas prinçipales. Y assi como le perdonó, le escribió una carta muy generosa, como en el caso convenia, é mandó que aquel puerto se llamasse puerto de *Graçia*, é assi se nombra hasta agora. E los indios que llevaron la carta volvieron otra, respondiendole Martin Alonso al almirante é teniéndole en merçed el perdon; é assi se concertaron para que en cierto dia el Martin Alonso, desde donde estaba con aquella caravela, y el al-

mirante con la otra, se fuessen á juntar en la Isabela, é allí saltaron todos en tierra muy conformes. Aquel assiento de la Isabela es en la misma costa diez é ocho leguas ó poco mas al leste de Puerto Real.

No fué poca maravilla para los indios ver cómo por las cartas los chripstianos se entendian; y llevábanlas puestas los mensajeros en un palillo, porque con temor é acatamiento las miraban, y creían que cierto tenian algun espíritu é hablaban, como otro hombre por alguna deidad é no arte humana.

Juntos el almirante é su gente, y quedando los treynta é ocho hombres donde se dixo, tomaron agua y leña y lo que mas pudieron de los bastimentos desta tierra, para que mas les turassen los que les quedaban de los que truxeron de Castilla; é salieron de la Isabela, el qual nombre el almirante puso á aquella provincia é puerto en memoria de la Cathólica Reyna, doña Isabel. E desde allí ambas caravelas fueron á Puerto de Plata, el qual nombre le puso el almirante; é despues fueron á puerto de Samana (assi llamado por los indios). E desde Samana, que es en esta Isla Española de la banda del norte, tomaron estas dos caravelas su derrota para Castilla con mucho plaçer, encomendándose todos á Dios é á la buena ventura de los Cathólicos Reyes de España, que tan grandes nuevas esperaban, aunque no confiados de la sciencia de Colom, sino de la misericordia de Dios. E llevó deste camino el almirante nueve ó diez indios consigo, para que como testigos de su buena ventura besassen las manos al Rey é á la Reyna, é viessen la tierra de los chripstianos é aprendiessen la lengua, para que quando aquestos acá tornassen, ellos é los chripstianos que quedaban encomendados á Goacanagari y en el castillo que es dicho de Puerto Real, fuessen lenguas é intérpretes para la conquista é paçificacion é conversion destas gentes. E assi

como Dios, nuestro Señor, fué servido que estas tierras se descubriessen, y que para hallarlas oviese seydo próspera é acertada la navegacion deste primero viaje y en breve tiempo; assi tuvo por bien é permitió que fuesse favorable la vuelta, é llevó en salvamento este primero descubridor destas Indias á España. E fué á reconoscer las islas de los Açores, é á quatro dias de março de mill é quatrocientos é noventa y tres entró en Lisboa, desde donde se fué al puerto de Palos, adonde se avia embarcado quando començó esta jornada, é no estuvo desde que partió desta isla fasta que en Castilla tomó tierra sino çinquenta dias. Pero estando ya çerca de Europa, por tormenta, se apartarou la una caravela de la otra, é corrió el almirante á Lisboa y el Martin Alonso á Bayona de Galicia. E despues cada navio destes tomó su camino para el rio de Saltes, é de caso entraron en un mismo dia; y entró el almirante por la mañana é la otra caravela llegó en la tarde. E porque se tuvo sospecha que por las cosas passadas el almirante faria prender al Martin Alonso Pinçon, salióse en una barca del navio, assi como entraba á la vela, é fuesse donde le paresció secretamente, y el almirante luego se partió para la córte con la grande nueva de su descubrimiento. Y como el Martin Alonso supo que era ydo fuesse á Palos á su casa, é murió desde á pocos dias, porque yba muy doliente.

Tardó el almirante en reconoscer la primera tierra destas Indias en las islas de los Lucayos, segund he dicho, desde que de España partió quassi tres meses, y en volver á España y en lo que acá se detuvo otros tres, y en todo estuvo en la venida é vuelta seys meses, diez dias mas ó menos.

Tornando á la historia, digo que despues que Colom salió en Palos con los indios que llevaba destas islas, de los qua-

les uno se le avia muerto en la mar, tomó los seys que yban sanos, é dexó allí dos ó tres que estaban dolientes, é fuése á la córte de los Cathólicos Reyes á darles cuenta de su prosperidad, é de lo que Dios acrescentaba en los reynos é señorios de Castilla: la qual nueva no se esperaba en tan breve tiempo, porque en la verdad fué cosa de admiración, segund lo que despues tardaban otras naos é caravelas en venir é volver desde acá hasta que esta navegacion se fué mejor entendiendo. E aun hoy que se sabe mejor, seria assaz dos navios andar lo que aquellos anduvieron en tan breve tiempo; puesto que, como digo, agora está la navegacion entendida, y estonçes la anduvieron á tienta, é con la sonda siempre en la mano, é apocando las velas de

noche, y en recelo, como lo suelen hacer los que son prudentes é sabios pilotos, quando descubren y van por mares que no se saben ni han navegado.

En esto que á los hombres de la tierra é que no han cursado la mar no les paresçerá por ventura bien, ó no tan sabroso de mi obra, tengan respecto á que yo escribo para los unos é los otros, é tome cada uno lo que hace á su gusto ó propósito, é lo otro déxelo para cuyos es. Que bien veo que los hombres de la mar me culparian, si no pudiesse é apuntasse lo que es para ellos; y los caballeros y gente exercitada en la tierra que no entendieren algunos términos de la navegacion, con que me conviene dar cuenta destas cosas de la mar, passen adelante: que aquello no les impide lo demas.

### CAPITULO VII.

De quatro cosas notables en el año de mill é quatroçientos y noventa é dos años; é de quando el almirante don Chripstóbal llegó á la córte de los Reyes Cathólicos, don Fernando é doña Isabel, é de las merçedes que le fçieron, despues que volvió á España del primero descubrimiento de las Indias; é la raçon porque se debe creer que en estas partes fué predicado el Evangelio por los apóstoles ó por alguno dellos.

Con menor auctoridad enseña el que habla las cosas que oyó, quel que diçe las que vió. Esto Sanct Gregorio lo diçe sobre los capítulos catorçe é quinze de Job; mas yo no lo traygo aquí á consecuencia solamente por los que aquestas cosas de Indias las han escrito desde España por oydas, sino dígolo porque hablaré aquí de las de España desde las Indias. Mas hay en ello lo uno é lo otro; porque aunque vivo acá, ví lo que acaesçió acullá; y porque no es fuera de mi propósito, digo que fué muy notable en España el año de mill é quatroçientos é noventa é dos años. En el qual á los dos dias del mes de enero tomaron los Cathólicos Reyes, don Fernando é doña Isabel, la muy nombrada é gran cibdad de Granada. El mismo año, en fin de ju-

lio, echaron los judíos de sus reynos. El mismo año viernes, siete dias del mes de diciembre, un villano natural del lugar de Remensa del Principado de Cataluña, llamado Juan de Cañamares, dió en Barcelona una cuchillada al Rey Cathólico en el pescueço, tan peligrosa que llegó á punto de muerte: del qual traydor fué hecha muy señalada justicia, no obstante que, segund paresçió, él estaba loco, é siempre dixo que si le matara, que él fuera rey. Y en aquel mesmo año descubrió Colom estas Indias, é llegó á Barcelona en el siguiente de mill é quatroçientos é noventa é tres años, en el mes de abril, é falló al Rey assaz flaco, pero sin peligro de su herida.

Aquestos notables se han traydo á la memoria, para señalar el tiempo en que

Colom llegó á la córte, en lo qual yo hablo como testigo de vista, porque me hallé paje muchacho en el cerco de Granada, é ví fundar la villa de Sancta Fé en aquel ejército, é despues ví entrar en la cibdad de Granada al Rey é Reyna Cathólicos, quando se les entregó; é ví echar los judios de Castilla y estuve en Barcelona, quando fué ferido el Rey, como he dicho; é ví allí venir al almirante, don Chripstóbal Colom, con los primeros indios que destas partes allá fueron en el primero viaje é descubrimiento. Assi que no hablo de oydas en ninguna destas quatro cosas, sino de vista; aunque las escriba desde aquí, ó mejor diçiendo, ocurriendo á mis memoriales desde el mismo tiempo escriptas en ellos. Volvamos á nuestra historia.

Despues que fué llegado Colom á Barcelona, con los primeros indios que destas partes á España fueron ó él llevó, é con algunas muestras de oro é muchos papagayos é otras cosas de las que acá estas gentes usaban; fue muy benigna é graciosamente resçevido del Rey é de la Reyna. E despues que ovo dado muy larga é particular relacion de todo lo que en su viaje é descubrimiento avia pasado, le fçieron muchas merçedes aquellos agradescidos príncipes é le començaron á tractar como á hombre generoso y de Estado, é que por el grand ser de su persona propria tan bien lo meresçia. Mas á mi paresçer (só la protestaçon por mi hecha en el prohemio ó libro I), digo que en aquestas nuestras Indias justo es que se tenga é afirme que fué predicada en ellas la verdad evangélica, y primero en nuestra España por el apóstol Sanctiago, é despues la predicó en ella el apóstol Sanct Pablo, como lo escribe Sanct Gregorio<sup>1</sup>. E si desde nuestra Castilla se cultivó acá é transfirió la notiça del

Sancto Evangelio en nuestros tiempos, no cessa por esso que desde el tiempo de los apóstoles no supiesen estas gentes salvajes de la redempcion chripstiana é sangre que nuestro Redemptor, Jesu Chripsto, vertió por el humano linage: antes es de creer que ya estas generaciones é indios destas partes lo tenian olvidado; pues que *In omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terra verba eorum*. Conforme á lo que es dicho del psalmista David<sup>2</sup>, diçe Sanct Gregorio sobre el capítulo diez y seis de Job estas palabras: la Sancta Iglesia há ya predicado en todas las partes del mundo el misterio de nuestra Redempcion. Assi que, estos indios ya tuvieron notiça de la verdad evangélica y no pueden pretender ignorancia en este caso: quédese esto á los teólogos, cuya es esta materia. Pero quiero decir, que puesto que de nuestra sancta fé cathólica acá oviessen avido notiça los antecessores destes indios, ya estaba fuera de la memoria destas gentes; y assi fué grandissimo servicio el que á Dios hicieron los Reyes Cathólicos en el descubrimiento destas Indias. Y grande fué el mérito que adquirió nuestra nacion en ser por españoles buscadas estas provincias, é tantos reynos de gentes perdidas é idolatras, por la industria y en compañía, y debaxo de la guia del primero almirante, don Chripstóbal Colom, reedificando é tornando á cultivar en estas tierras tan apartadas de Europa la sagrada passion é mandamientos de Dios y de su Iglesia cathólica; donde tantos millones de ánimas gozaba, ó mejor diçiendo, tragaba el infierno; y donde tantas idolotrias é diabólicos sacrificios y ritos que en reverencia de Satanás se fçian muchos siglos avia, çessassen; y donde tan nefandos crímenes y pecados se exercitaban, se olvidassen.

<sup>1</sup> Moralium, lib. XXXI, cap. XXXVII.

<sup>2</sup> Psalm. XVIII.